

Hagamos política industrial y no meras reformas

La crisis que estamos padeciendo tiene, sin duda, aspectos muy diferentes a otras que hemos logrado superar; pero, quienes tengan cierta edad, recordarán que en las “páginas salmón” posteriores a la crisis del 93 no era extraño encontrar titulares idénticos a los que podemos leer estos días. Afirmaciones que auguraban, con contundencia, un futuro con altas probabilidades de “crecer sin empleo”, o sólidas previsiones que demostraban que seríamos “la primera generación que viviría peor que la de sus padres”. El tiempo se encargaría de demostrar que hay más gente trabajando y que, siendo discutible que “vivamos peor” que nuestros mayores, puede afirmarse, al menos, que vivimos más tiempo.

El futuro depende de la imagen del futuro que tengamos en el presente. No es algo que llega, es el fruto de nuestro trabajo y, en parte, de nuestra suerte, que es el nombre que solemos dar a nuestra imprevisión y al resultado de las actuaciones ajenas.

Las políticas, las ideas que nos comprometen colectivamente con cierta imagen del futuro y nos dan fuerza para arrostrar dificultades, no pueden surgir ni de la aquiescencia, ni del voluntarioso metimiento a lo inevitable, han de nacer de una convicción personal que abraza un proyecto colectivo.

Flavio Benites, secretario del legendario sindicato alemán IG Metall, al ser preguntado por una de las “reformas” sobre las que estos días todo el mundo habla, expuso una necesidad previa de la que, a nuestro juicio, se habla con una firmeza mucho menor: “El diálogo social –dijo– primero debe identificar la vocación del país” que, en el caso de Alemania, “decidió dar prioridad al parque industrial de producción de bienes de alto valor añadido...

Partiendo de esta vocación, hay que rediseñar el modelo de relaciones laborales”.

Si no sabemos qué queremos ser, ninguna reforma podrá conducirnos a buen puerto. Puede que las cosas vayan mejor, que se mitiguen los problemas; pero, sin una línea clara, no existirá un consenso capaz de movilizar las energías y la implicación necesarias para un éxito colectivo.

Nuestro sector industrial tiene una participación en el VAB significativamente inferior a la de los países de nuestro entorno, está muy concentrada geográficamente y sectorialmente, sufre una gran dependencia del crédito, el número medio de sus empleados es pequeño –sobre 20 empleados en el 84% de los casos–, no destacamos por la formación de nuestros trabajadores –muy inferior según Eurostat a la media de la UE y el gasto de nuestras empresas en I+D, como regularmente se nos recuerda, es inferior al de las empresas de los países líderes.

Pero esto, siendo cierto, no es toda la verdad. Es un sector, el término está de moda, dual: conviven empresas capaces de ganar cuota de mercado dentro y fuera de nuestras fronteras –las menos– con otras que están perdiéndola incluso el mercado interior; empresas con altas inversiones en I+D coexistiendo con otras muchas que no pueden invertir; empresas que carecen del “pulmón financiero” necesario para internacionalizar proyectos de éxito junto a otras que necesitan recursos para, simplemente, mantenerse vivas.

No existe un sector industrial, existen sectores, subsectores, incluso productos. Cada uno de ellos debería contar con diagnósticos y respuestas propias. Por eso, cuando –con ufana satisfacción– se comenta que la “parte pública” hace los deberes respecto al gasto en I+D y que son las empresas las que “fallan”, somos legión a los que por lo menos se nos suscitan dos cuestiones: oiga, si la mayor parte de la industria española está en sectores de baja intensidad tecnológica, tiene un tamaño reducido y un sistema de financiación “dependiente” de un sector financiero “especializado” en algo muy parecido al “monocultivo” de “sectores más rentables” –léase ladrillo–, ¿quiere usted decirme qué otros resultados son esperables? En todo caso, una vez convenido que usted no es culpable, ¿puede explicarnos qué tiene pensado hacer para revertir esta situación? Tal vez haya llegado el momento de hacer políticas distintas para realidades distintas.

“Clasemedía” Las empresas son un subproducto de las ideas y España cuenta con personas y empresas que han alcanzado el éxito, pero no tendremos futuro si no dejamos de ser “el país de las micropymes”. Contamos, es cierto, con grandes empresas –fruto en ocasiones de políticas públicas conscientes–; pero, para ser un país mejor, necesitamos “clase media”, un grupo de empresas medianas que den soporte al empleo, la innovación y la exportación.

Potenciar empresas exportadoras es una buena elección para “poner suelo” a la economía y fortalecer nuestra autoestima como país. Necesitan nuestro apoyo, haber tenido éxito no garantiza su futuro: necesitan una política para impulsar su talento. El verdadero capital de

todas estas empresas, y esta idea debería entenderse desde la política mejor que desde ningún otro lugar, es el proyecto que condujo a su éxito: por eso es necesario ayudarles a preservarlo. Los proyectos de estas empresas pueden haber señalado caminos novedosos, es cierto; pero una vez que esto se ha hecho, comprarte o “imitarte” es cuestión de recursos... y hay quienes los tienen. Esta situación puede verse agravada si vienes de un lugar cuya “marca-país” puede estar menos asociada a las capacidades que intentas vender que la “marca-país” de tus rivales.

Internacionalización Hacen falta créditos generosos para que puedan apoyar sus procesos de internacionalización; políticas públicas que hagan a las grandes empresas de nuestro país “corresponsabilizarse” del desarrollo de esta nueva “clase media”; ofertas de formación capaces de impulsar su crecimiento ofreciendo –desde el diálogo con los protagonistas– la especialización que necesitan sus trabajadores y; finalmente, poniendo a nuestras embajadas y consulados a trabajar, con intensidad, para contribuir a su éxito y ampliar sus mercados.

Esta iniciativa no sería un invento: generaría un nuevo sector, pero lo haría ampliando el alcance de proyectos que ya se han ganado su sitio. Forjaría, además, un empleo mucho más estable y con carreras profesionales más atractivas que las imperantes en una “economía de micro pymes”, lo que haría interesante este desarrollo profesional a muchas personas capaces que hoy sólo perciben esa oportunidad en las administraciones o en las empresas multinacionales. En una palabra, habría más “cantera” y el tropismo gregario que frecuentemente orienta algunos de nuestros mejores talentos hacia el “servicio” público tendría otro sol al que enfocarse.

Pueden hacerse esta u otras muchas cosas; pero hagamos política, no reformas.

Tengamos un diagnóstico, demos razones al conjunto de la sociedad para movilizarse. Comprometámonos a que nuestras políticas públicas sean, de verdad, proyectos tractores que multipliquen nuestras capacidades exportadoras.

Sería irónico que nuestras políticas generen empleo y “sector”, en otros países, que nuestro presupuesto financie “su” política industrial y esto, lamentablemente, ya ha pasado. No hace mucho un alto responsable de una emblemática política pública declaraba que nuestro esfuerzo como país había servido, en buena medida, para desarrollar el sector “en Alemania, China y Japón”.

Hacen falta políticas complejas, las empresas ya no se agrupan por sectores sino por su contribución a la cadena de valor. Hacen falta, más que nunca, capacidad de escucha y políticas personalizadas.

Necesitamos más “política” industrial y objetivos ciertos, recordemos que –como dijo Fernando Pessoa– “un barco parece ser un objeto cuyo fin es navegar; pero su fin no es navegar, sino llegar a puerto”.